

América Desde Panamá

Estamos colocados en una situación equidistante de los polos; una situación privilegiada en todos sentidos que debemos a la Naturaleza como un regalo inapreciable; la circunstancia de ser la vía interoceánica el camino obligado de las corrientes mundiales, de oriente a occidente y viceversa, nos da en otro sentido, por aluvión espiritual, la aptitud más extraordinaria en materia de ideas, cultura y cosmopolitismo. Estas fuerzas, concurrentes unas y contrarias otras, mantienen el espíritu de la República en una especie de equilibrio, cuya mayor característica es la ponderación de nuestro carácter y la ecuanimidad de nuestro juicio.

Geográfica y sociológicamente considerado el problema de nuestra ideología, no puede ser resuelto sino en forma serena que no admite exageración en ningún sentido; por esa razón, el futuro es para nosotros más claro que para cualquier otra nación, así de nuestro continente como de cualquiera otra región del globo; hasta los grandes buques que zigzaguean en el mar amplio adoptan al hendir las aguas inmóviles del Canal una disciplina perfecta.

Pero esa seguridad tiene, en la vida de relación, otro aspecto que es necesario señalar aunque sea asunto de común conocimiento: la capacidad en que estamos para apreciar, calificar y analizar, los movimientos sociales que agitan, de modo inmediato a las naciones hermanas del continente y de manera más distante, a los países del resto del mundo.

Desde nuestra inexpugnabilidad democrática, carentes de motivos justificados de interior preocupación, sin descuidar nuestra casa por atender a los negocios de la ajena, podemos dedicar tiempo y meditación a lo que ocurre a nuestro alrededor; el mundo entero está alrededor de Panamá, más cerca o más lejos, en círculos concéntricos de expansión que no dejan un punto fuera de nuestra obligada observación.

Los periódicos locales, informan con la regularidad que los hechos dictan de que arriban a nuestros puertos, en uno y otro océano, estos o aquellos personajes; no hay país que pueda exhibir, en igual periodo de tiempo una lista de notabilidades mundiales más nutrida; unos van en misión de paz y amistad, otros en viaje de estudio, muchos, como refugiados o peregrinos, en busca de asilo y seguridad.

Ese flujo y reflujo de almas humanas es el índice de otros tantos hechos cuya importancia es varia; se diría que nuestro país es el nudo vital de la especie, el remanso de todo lo que agita, mueve, inspira o transforma; kaleidoscopio maravilloso que la pupila joven y alerta de nuestro

pueblo desmenuza y clasifica, pesa y aprovecha.

Un día ya lejano se inició en Bolivia el primer estremecimiento libertario, la pugna contra la injusticia, el desborde contra la opresión; el movimiento repercutió en Perú, siguió por Chile, incendió la Argentina, ha conmovido al Brasil, mantiene enteramente pero silenciosa actividad en Venezuela, es hoguera no extinguida en México, inquietud peligrosa en Centro América y por último ha estallado en hecatombe en Cuba. También nosotros, sufrimos esa influencia; pero, como esas enfermedades benignas, fué mas vacuna que fiebre eruptiva y ha dejado el organismo sin cicatrices desfigurantes, sin úlceras que sangren, sin amputaciones que deformen; casi podríamos decir que en la convalecencia hemos embellecido como ocurre en algunas fiebres graves mediante las cuales los cabellos lisos caen y son substituidos por manojos ensortijados de pelo sedoso.

La más fresca impresión como hemos dicho, nos la da Cuba, en donde, como el pecado original, hay la tara de un compromiso originada en una interpretación errónea de la amistad. Viendo el fenómeno, desde nuestro mirador continental y mundial, atisbamos un pueblo a quien le ha sido necesario erguirse bajo las más inclementes circunstancias; en el interior, la mano sangrienta de una tiranía cruel; sosteniendo esa mano, un corazón equivocado y el respaldo frío de los muros de acero de las cajas fuertes de los bancos americanos cuarteles del soldado-dólar, ávidos de ese licor embriagante que se llama riqueza y que no es otra cosa que sangre caujada en oro, mediante la moderna alquimia, insensible y calculadora.

La copa del dolor colectivo, como las de todos los líquidos tiene un límite para consumirse o para desbordarse; y el sufrimiento del pueblo cubano sobrepasó los bordes hace tiempo sin lograr desparramarse y anegar el recinto; milagros de equilibrio mantuvieron la superficie sin romperse en río, ni siquiera en lágrima; había la duda sobre la ruta que esas gotas habrían de tomar y como en los hechos sociales pasan incidentes que en el mundo físico son imposibles, allá estuvo ese pueblo, contentándose con esporádicos y solitarios movimientos de rebelión. Por fin, toda consideración perdió su fuerza y un día, Machado el invencible, confió la salvación de su cuerpo, que no la de su espíritu, a la frágil inconsistencia de un pájaro mecánico. Así, el cielo, se ha hecho como la tierra lo fué siempre, un cementerio de individuos; al hender el avión de la fuga el cielo antillano llevando la carga de la insolencia acobardada, enterró en las nubes el

nombre para siempre escarnecido de uno de los últimos tiranos de América.

Mientras tanto, Cuba la bella, la tierra de la caña y del ron, de las noches crapulosas y los clubs magníficos; la Patria de Martí, cayó en el paroxismo borracho de la libertad que en esas horas de insaciables apetitos espirituales y materiales es la revolución; el Capitolio extravagante fué saqueado y el pueblo, al fin libre, pisoteó los cuadros, desgarró las colgaduras; luego, desenterró cadáveres, arrastró víctimas, ensangrentó las calles y tiñó el mar. Por las avenidas se cantaba en los entierros de los desenterrados y una verdadera cacería de esbirros plantó los sesos innobles de los sicarios de la tiranía en los muros urbanos.

Se han abierto los escapes que la bota opresora mantenía cerrados; el instinto ha ganado el puesto de la razón y la bestia herida que hay en ese pueblo ha hincado los colmillos en cruenta carne oliente a podredumbre y ha encontrado a su paso; el salto natural del orden congelado al desorden violento, que es su consecuencia, ha sido como en todas partes, trágico y sombrío; el mundo, como si estuviera frente a un espectáculo nuevo se cubre los ojos hipócritas y hasta las bocas de los cañones, como órbitas sin globos, de los acorazados extranjeros, han mantenido sobre la costa su atención de amenaza.

Tempestades sociales, tempestades del mar; obscuridad previa, cerraron de horizonte; luego, desencadenamiento de fuerzas, destrucción, espanto y muerte; inquietud, inquietud a plazo indeterminado y una mañana cualquiera, de nuevo el sol que alumbra los despojos, que ilumina la conciencia y el recomenzar rítmico, apacible, como si nada hubiera sucedido, con el afán de días mejores, de vientos más plácidos, de noches más claras, de una mejor existencia.

Los que se interesen de verdad, sinceramente, por prevenir esos cataclismos, deben tener en mente la simple reflexión de que no hay efecto sin causa, reacción sin acción y que evitar es lo más sabio. El apoyo irreflexivo a esas situaciones de violencia por los bienes materiales que de ellas se derivan, es un cálculo equivocado, porque dentro del bienestar legítimo que se procura a los pueblos en la libertad, se obtienen también legítimos y más pingües y perdurables beneficios.

Las tiranías, que se cubren la fealdad ingenta con afeites de obras materiales, con máscara de mentido progreso, mientras se humilla el alma de los pueblos y se les roba el dinamismo necesario a un efectivo progreso, que es armónico en todas las mani-

festaciones de la naturaleza humana, deben ser repudiadas, ahogadas al nacer; es indispensable que no encuentren recursos, ni aliento, que sientan en la infancia monstruosa el vacío que asfixia. No bastan aún los ejemplos que hemos tenido de lo infructuoso y contraproducente de esos Gobiernos de violencia, lo estéril de sus tratos y la fatalidad de su final destino?

Fatiga los sentidos la percepción indefinida de estos acontecimientos cuya génesis, desarrollo y término están calcados sobre un molde inmutable; las mismas causas en el determinismo de la historia, han producido y producirán estos fenómenos de horror que aun cuando haciendo un esfuerzo querramos considerar separadamente, se nos imponen a la conciencia en la comunidad de su gestación. No es necesario señalar a los responsables; ya se les llama perversidad, ambición innoble, cualquiera de esos epítetos que puestos sobre un individuo lo escarnecen, ejercitados por un pueblo hasta se escriben a veces en el lienzo de su bandera.

Ya es tiempo de reflexionar y que aquellos que son los responsables se den cuenta de la equivocación de que son víctimas; no hay grandeza sin honor y pueblos que trastruecan los conceptos morales impelidos por apetitos de lucro innoble, no pueden, no podrán sobrevivir, así aparezcan ante su propia observación, formidables y plutónicos en sus recursos.

El mundo está dándose cuenta de que hay en el mundo espiritual fuerzas más grandes y de mayor poder que toda la grandeza y monstruosa fuerza que puedan acumular, reunidos, los más destructores explosivos y que, cuando las energías externas rezan lo torcido, por las subterráneas vías de la fatalidad entran al propio corazón del que delinque, los elementos de la auto destrucción, porque la cohesión de las colectividades no se mantienen con tirantes de metal noble o innoble, sino con lazos acaso imperceptibles a los sentidos, pero de una resistencia superior a todo cálculo.

Panamá ve, desde el sitio que ocupa, que no está ni al Norte ni al Sur, al Occidente ni al Oriente, lo que ocurre en el horizonte universal; tiene fé en los destinos superiores de su existencia, lamenta los errores de los otros, comparte los sufrimientos de los hermanos y se fortalece en la esperanza de que como concurren en sus aguas todas las ideas sin chocar y todos los hombres, sin animadversión, esa modalidad se extenderá a los más distantes confines, atemperados los defectos y exaltadas las virtudes.

Dr. Aguirre.